LA ISLA DEL

1
233769



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

10 cènts.

1

233769

47/1505115

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

La isla del amor

I

El naufragio del vapor inglés «Federico», en medio de los horrores de aquella formidable noche de tormenta, fué espantoso y tan rápido, que todo el pasaje y los veinte hombres que componían la tripulación perecieron. El capitán, que luchó heroicamente contra el peligro hasta el último instante, también sucumbió, arrancado del castillo de proa por una ola enorme.

La catástrofe, sin embargo, no fué completa. A la mañana siguiente, cuando el sol y el viento hubieron disipado un tanto las tinieblas de la borrasca, la luz diurna devolvió a los objetos su natural relieve, aparecieron tendidos en la playa la intrepida *globe trotter*, inglesa, *lady* Enriqueta y el robusto holandés Juan Bek, campeón de los nadadores europeos.

Estos eran los dos únicos supervivientes

R. 3224174

que habían quedado, como vulgarmente se dice, «para contar el cuento». Muy lejos. cerca del horizonte, que empezaba a incendiarse con los alegres reflejos purpurinos del amanecer, se veían los mástiles del «Federico», cuyo casco, destrozado por las rocas, había desaparecido ya completamente en el mar.

Juan Bek, que estaba tendido tripa arriba sobre la arena, se incorporó, echóse haciá atrás los cabellos que le cubrían la frente y aún tuvo fuerzas para sonreir:

—Buenos días, lady Enriqueta.

Ella, que también estaba tendida y medio desrriñonada, de luchar con las olas, se levantó, sacudiendo la graciosa maraña de sus rubios cabellos.

—Buenos dias, Juan.

—¿Se ha descansado?—preguntó flemáticamente el holandés.

—No muy bien; anoche tuve una pesadilla bastante desagradable; soñaba que me ahogaba.

—Algo de eso me sucedió a mí. Pero... ¡bah!... ¿Quién hace caso de sueños? Ahora, lo importante es comer y orientarnos acerca del sitio exacto donde estamos.

—Es verdad.

Casi al mismo tiempo, como si quisiesen rivalizar en energía, los dos se pusieron de pie. Bek, a quien los disciplinazos tremebundos del mar habían desnudado, sólo conservaba unos calzoncillos que apenas le llegaban a las corvas. En cuanto a lady Enriqueta, se hallaba completamente en cueros.

—Me da cierta vergüenza—dijo Juan—presentarme a los ojos de usted en este traje tan ligero.

—Pues si usted se queja de estar en calzoncillos—repuso ella con admirable impudor,—¿qué diré yo, que estoy en pelota?

—Por Dios, señorita; usted no tiene motivos para quejarse, usted es hermosísima.

—Muchas gracias. Pero, si a eso vamos, usted, Juan, tampoco es feo. Y es tan leal mi opinión, que le invito a quedarse, como yo, enteramente desnudo.

Sin vacilar un segundo, el gallardo holandés quitóse los calzoncillos, que arrojó desdeñosamente entre unas rocas.

—Ahora—dijo—cójase usted a mi brazo y procuraremos subir a la cima de aquella montaña, desde la cual, a mi juicio, hemos de divisar un panorama magnífico.

—Vamos donde usted guste.

Juan Bek tenía treinta años y era de mediana estatura, vigoroso y cuadrado y rubio, como la mayor parte de sus compatriotas. Ella era alta, ancha de hombros y

muy estrecha de cintura, y... cosa rara en una inglesa: sus pechos, y sobre todo sus nalgas, eran soberbias. El círculo de lady Enriqueta, que era una caprichosa a quien muchos hombres habían visto desnuda, era, sin disputa, uno de los más hermosos de Londres. Sus nalgas, grandes, blancas, duras, turgentes, ligeramente sonrosadas, parecían una maravillosa flor de carne.

Según iban andando, Bek, cuyas caderas tropezaban con las soberanas nalgas de la joven, sintió correr a lo largo de su espalda voluptuosos cosquilleos, y su corazón, hasta entonces tranquilo, comenzó a alborotarse. Enriqueta, que advirtió aquel sobresalto, dijo sonriendo:

—Me parece, querido Bek, que esta no es la hora más a propósito para hacerse el amor.

—Indudablemente, lady. Más tarde ya veremos lo que conviene hacer; por ahora debemos ser únicamente dos amigos, dos buenos amigos que sólo piensan en comer.

—Después de todo—repuso ella—no debemos estar quejosos de la fortuna; un hombre y una mujer, cuando se hallan, como nosotros, solos y en este traje.... no se aburren nunca.

Caminaron más de media hora, trepando siempre por la ladera del monte. Al cabo,

Juan Bek empezó a mostrarse fatigado.

—Eche usted a andar delante de mí. Enriqueta—exclamó.

—¿Por qué?

—Porque viéndola a usted, pensaré en alcanzarla y mis fuerzas serán mayores.

—Vamos, sí—replicó la inglesita riendo, —usted quiere hacer conmigo lo que los arrieros españoles hacen con los burros que no quieren andar: ponerles una burra delante.

Así continuaron; ella iba moviendo lascivamente el delicioso reverso; Bek la perseguía dándola nalgadas y de cuando en cuando Enriqueta, con objeto de exasperarle, volvía la cabeza, se separaba las trenzas con ambas manos y mostraba su dulce boquita, sonriente y roja como un clavel.

Cuando llegaron a la cima del monte se detuvieron, apoyándose el uno con el otro y recreando sus miradas en el paisaje edénico que les rodeaba. A un lado, bajo el cielo azul bañado en sol, se extendía el mar inmenso y cerúleo; al otro se dilataba un bosque salvaje, tupidísimo, de cedros y cocoteros.

—¿Dónde estamos, Bek—preguntó la inglesa.

—Según mis cálculos—repuso Juan—debemos hallarnos en un islote, acaso inex-

plorado, de la micronesia.

—¿Y en qué se funda usted para pensar así?

—En la altura a que navegaba estos últimos días el desdichado vapor *Federico*.

La inglesita movió la cabeza con aire de temor.

—Lo malo sería que el islote estuviese habitado.

—Es seguro.

—¿Y serán antropófagos sus habitantes?

—Probablemente. Nuestra situación, por consiguiente, queridísima Enriqueta, es de las peores.

—Pero lady Enriqueta era mujer de armas tomar.

—Sea como fuese—repuso—y mientras llega el momento de ser digeridos, procuraremos comer algo, porque yo rabio de hambre.

Descendieron del monte y como acertasen a pasar al pie de unos plátanos cargados de fruta, resolvieron almorzar allí mismo. Bek, que era galante, quiso gatear por el tronco del plátano más pequeño, pero sus piernas y sus brazos fatigados no se lo permitieron.

—Subiré yo—dijo Enriqueta.

Bek la vió subir agarrándose al árbol con as rodillas, balanceando el blanco centro

de derecha a izquierda, moviendo los muslos como si estuviesen luchando con la mismísima naturaleza. Cuando Enriqueta bajó, el holandés acudió a recibirla y la besó amorosamente en los sonrientes y entreabiertos labios, y así permaneció largo rato, con la nariz metida en las mejillas de la joven, aspirando con fruición el delicioso olor a hembra que sus limpias carnes exhalaban.

Después, sentados sobre la verde hierba, se dispusieron a comer.

II

De pronto, como llovida del cielo, apareció una turba de salvajes, que rodearon a Bek y a lady Enriqueta gesticulando coléricos y amenazándoles con lanzas y mazas terribles. El que, por la mayor altura de las plumas que tocaban su cabeza, parecía jefe de la partida, interpeló a los náufragos en un idioma breve y gutural, que sonaba a chasquear de platillos ladridos de perros furiosos:

—¡*Chin-chin, guau-guau!*

—No entiendo una palabra—replicó Juan en correcto holandés; — nosotros somos

unos desdichados....

Y refirió la historia del naufragio.

Pero sus palabras no debieron convencer al salvaje, porque éste se volvió hacia su gente, dió tres o cuatro gritos y acto seguido Enriqueta y su acompañante se vieron maniatados y conducidos al través del bosque.

—Estos bárbaros—exclamó Bek mirando a la inglesita que conservaba toda su entereza—nos van a hacer harina.

—Eso creo—repuso ella.

Sus ojos azules tenían un brillo fuerte, metálico, de pasión, que no pasó inadvertido a la penetración mundana del holandés.

—¿En qué piensa usted, lady?

—Pensaba—repuso la inglesita con filosófica desenvoltura—en que yo viviría muy bien entre estas gentes.

—¿Por qué?

—Porque todos son muy hombres. ¿Ha reparado usted en el extraordinario desarrollo de sus musculaturas? Sus brazos son imponentes, tanto por sus nervios como por su robustez, y cada bicep tiene el volumen de una pantorilla. O mucho me engaño, o el más débil de estos hombres es capaz de echar media docena de bocados sin decir oste ni moste, cifra enorme a la

que no puede llegar ningún europeo.

Los salvajes, entre tanto, examinaban a Enriqueta atentamente, y sus ojos ardientes se fijaban con marcada insistencia en el círculo de la joven. Varios corazones palpitaron. El jefe de la partida que, según averiguó Bek, se llamaba Ruyap, se aproximó a Enriqueta, y después de acariciarla los rizos de rubio pelo que vestían su linda cabeza, la deslizó una mano por la finísima espalda y, sin dejar de andar, la acarició sabiamente los lomos.

Por toda contestación, la inglesita, que era ardiente como el fuego, entornó los párpados, y Ruyap, cuya mirada parecía en aquellos momentos una lanza, la besó los labios.

—Me parece—exclamó Juan burlón—me parece...

No dijo más. Enriqueta repuso:

—¿Qué le parece a usted, Juan?

—No me atrevo a seguir.

—Sea usted franco.

—Digo... que me parece que no se pondrá el sol sin que la hayan dado a usted una sorpresa.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

Ella levantó los ojos al cielo, como si orase.

—Dios lo quiera—murmuró:

—Y añadió irónica:

—Los cielos quieran, amigo Bek, que todas las desgracias que caigan sobre usted sean tan dulces como esa que me amenaza.

Al tramontar el sol llegaron todos a una ranchería formada por un centenar de casucas construídas con barro, guano y madera, y de las cuales no tardó en salir un enjambre de mujeres y de chiquillos, todos en pelota, según sus sirvergüencísimas madres les echaron al mundo.

Inmediatamente, los dos prisioneros fueron conducidos a una especie de plazoleta, en el centro de la cual se alzaba el altar de un dios grotesco, que debía de ser el dios de la primavera o de la reproducción porque estaba en cuclillas y sus narizotas descomunales le llegaban a la altura de la deforme y risueña bocaza.

De pie sobre las gradas del altar y ante el pueblo hincado de rodillas, Ruyap pronunció un breve discurso, una especie de oración en la que sin duda ofrecía al dios las vidas de los dos prisioneros, porque de cuando en cuando se volvía hacia éstos mirándoles con ojos implacables.

—Están haciendo con nosotros—dijo el holandés que no perdía su buen humor—

lo que hacen los toreros con el toro que van a matar. ¡Nos hemos fastidiado, amadísima lady!

Después cuatro salvajes atléticos que oficiaban de verdugos, cogieron a los náufragos y les obligaron a caer de rodillas, atándoles después por la cintura y por el cuello al suelo merced a unas cuerdas fabricadas con cortezas de árboles. Acto seguido, todos los hombres y mujeres de la tribu fueron desfilando por detrás de lady Enriqueta y de Juan Bek, quienes por la actitud en que estaban no podían moverse, y mientras ellos, uno a uno, pellizcaban amorosamente a la inglesita hasta hacerla retorcerse, ellas armadas de plumas cosquilleaban al holandés hasta obligarle a quebrar la cintura. Aquel dulcísimo tormento, practicado con religiosa gravedad, duró dos horas. Y luego, no bien apareció la pálida luna por encima de un bosque de sicomoros sagrados, todos los hombres y mujeres comenzaron a cosquillearse sobre la hierba, vueltos siempre de cara hacia el altar, como ofreciendo mentalmente aquellos goces al alegre dios del amor y de las cosechas.

Bek y su amiga, que observaban la loca escena, advirtieron que aquellos salvajes eran unas «buenas personas», una especie

de niños grandes que se adoraban sin refinamientos.

—Saben besar muy bien—dijo ella—pero no conocen los placeres sin fin que poseen los buenos amadores.

—Tampoco les he visto hacer el beso mutuo.

—Ni siquiera saben ponerse en jarras.

El holandés se alzó de hombros desdeñosamente.

—¡Ba!—murmuró—¿qué quiere usted? ¡Salvajes al fin!

Lady Enriqueta, que era agracdeida, repuso:

—Serán todo lo salvajes que usted quiera, pero hasta ahora no han podido tratarnos mejor.

—Es cierto.

—Yo me he retorcido catorce veces.

—Yo, diecinueve.

—¡Vamos, Juan, parece mentira! Y aún se queja usted? Es usted un monstruo digno de que ese dios, con las narizotas formidables que tiene, le diese una estocada.

Cuando la bacanal concluyó, Ruyap se acercó a sus prisioneros, y por gestos les hizo comprender que al día siguiente serían inmolados. Bek y Enriqueta se inclinaron respetuosamente, demostrando que, morir por el dios de la dicha augusta era



para ellos un inmenso honor.

Luego fueron llevados a un rancho, donde les sirvieron una abundante cena compuesta de plátanos, cocos, dátiles y otras porquerías.

—Por lo visto—exclamó el holandés mientras mascaba a dos carrillos—estos bárbaros no quieren que muramos con la tripa vacía.

—Eso parece. ¡Ay, mi pobre Juan! Si pudiéramos escapar...

—Imposible, querida mía: fíjese usted en los dos ganapanes que custodian la puerta de nuestra prisión armados hasta los dientes.

Ella suspiró, resignándose heroicamente a la idea de morir. El añadió tras una breve pausa durante la cual estuvo pensando, quizás, que de la vida debemos despedirnos cantando:

—¿Quiere usted que hagamos una cosa?

—Usted dirá.

—Amar; el acto santo que nos permite olvidar todos los dolores. Ya ve usted: esta es nuestra última noche; ¿por qué no aprovecharla? Mañana todo habrá concluído.

Por toda contestación, lady Enriqueta se echó a llorar y enlazó sus brazos níveos y blancos al cuello del holandés.

—Sí—dijo—tienes razón; amémonos; tó-

mame como gustes.

Bek tuvo un rasgo de gran hombre.

—¡No!—exclamó—¡nada de llantos! Imitemos a los griegos, que morían cantando.

—Tienes razón. Gocemos, procuremos que el deleite acabe con nosotros antes de que nuestros bárbaros enemigos vengan a buscarnos.

Se sentaron sobre un montón de paja y allí juntaron sus bocas y se dieron un beso interminable, concluyendo por arrojarse el uno en brazos del otro tránsidos de pasión.

Ella preguntó:

—¿Quieres que ensayemos posiciones amorosas extravagantes?

—Mi corazón—repuso Juan—es infatigable; podrás gozar, por consiguiente, cuantas veces quieras.

—¿Diste alguna vez besos a flor de labios?

—Nunca.

—Pues aquí tienes mi cuerpo: ensáyate, pero antes de disfrutar debes acariciarme mucho.

Se puso de rodillas, enderezando al cielo sus ojazos esplendidos; estaba apoyada sobre las palmas de las manos y sus bellezas aparecían en toda su magnificencia. Juan Bek también se puso a gatas y co-

menzó a mordisquear suavemente los hombros y orejitas de su querida.

—Parecemos dos perritos—dijo.

—Es verdad: yo soy la perrita. Ya sabes que los perros antes de amarse se huelen mucho.

—Ya lo sé... y he de olerte tan hábilmente como si toda mi vida hubiese andado en cuatro patas.

Lady Enriqueta comenzó a andar lentamente, siempre de rodillas y columpiando el aro voluptuosa y cachazudamente. Juan iba tras ella, oliéndola y besándola el cuerpecito que se movía seductor entre sacudimientos nerviosos atropellados. Otras veces se adelantaba y, bajando la cabeza, la besaba las rodillas y las piernas; o bien la sugetaba, mientras que con las manos la hacía en diversas regiones del cuerpo sabios y delicados cosquilleos; o, finalmente, la sugetaba por detrás, y seguía andando de rodillas detrás de su amada que marchaba ondulante y turbadora.

La inglesita, entre tanto, tampoco permanecía inactiva, y unas veces olía los mofletes y la garganta de su amado, otras le tiraba suavemente de la oreja con los dientes. Y el cuerpo alto y recio del holandés, movíase magestuoso como un trasatlántico.

—Yo no puedo resistir ya las ganas de

abrazarte—balbuceó Bek.

—Eso iba yo a decir, perro mío.

—¿Quieres que te agarre?

—Sí, dueño.

Iba a volverse, cuando se contuvo.

—¿Oiste?—murmuró.

Los dos prestaron atención. En la calle, efectivamente, resonaba un quedo murmullo de pasos, pasos cautos, sigilosos, como de una multitud que caminaba descalza y de puntillas.

—¿Qué es eso?—insistió ella.

El repuso;

—Probablemente nos espían, pero eso no importa; gocemos, enseñemos a estos salvajes como saben amar los europeos.

III

Hablando así, Juan Bek cogió a lady Enriqueta por el talle, se lo abarcó completamente, la besó los labíos cuidadosamente y después de saborear su delicioso néctar, dió un suspiro y puso los ojos de cordero degollado. Ella también suspiró y dobló su cintura cual la gallarda palmera al ser impulsada por el viento.

Mucho se besaron y acariciaron, hasta quedar extenuados.

Con objeto de recobrarse un poco los dos náufragos, a quien tantas emociones fuertes y contrarias habían aniquilado, se pusieron a devorar los plátanos y los dátiles que les habían sobrado de su frugal merienda.

—¿Qué horá sera?—preguntó Enriqueta.

El se levantó y fué a observar el cielo por una rendija de dos tablas mal unidas.

—Deben ser—repuso—las tres de la madrugada.

—¿Cuándo empezará a clarear?

—A las cuatro, poco más o menos.

—Nos quedan, por consiguiente, sesenta minutos de vida.

—Eso es: sesenta minutos, sesenta y cinco... setenta y...

Ella lanzó un grito de alegría.

—¡Apropósito! ¿Tengo una idea espatarrante. ¿Quieres gresca?

—Iba a proponértelo.

—Pues manos a la obra.

—Dí, más bien, bocas a la obra, porque este supremo refinamiento de la cultura amorosa con la boca, que no con las manos, se práctica.

Sin perder segundo el holandés, cuyo corazón prepotente volvía a ponerse en

actividad, se acosto boca arriba, y lady Enriqueta al lado de él y con los brazos abiertos, de modo que su boquita de clavel quedó colocada precisamente encima de la boca de Juan Bek. Este comenzó a besuquearla enseguida, mordiéndole los labios delicadamente y haciéndole cosquillas con los dedos en el paladar.

Enriqueta, por su parte, le cogió la cabeza con ambas manos, y con los labios empezó a hacerle caricias de exquisito sabor.

—Procura—dijo él—que nos besemos los dos al mismo tiempo.

Ella hizo un signo afirmativo de cabeza y prosiguió acariciando y besando. De pronto comenzó a moverse descompasadamente.

—¿Vas a quererme?

—Sí, tirano mío... ya siento que voy a morderte de veras.

El también levantaba el cuerpo, como si quisiera llevarse de su amada con la boca, todo el cuerpo adorado y precioso, cual hacen los gatos con sus gatitos.

No bien hubieron acabado, cuando la puerta de la cabaña se abrió, dando paso a Ruyap, que venía seguido por un salvaje de luengos y blancos cabellos. Fuera, bajo las tinieblas de la noche, los dos prisione-

ros sintieron palpitar una gran multitud.

—¡Ha llegado el momento de morir!—exclamó Bek levantándose.

Y lady Enriqueta, siempre heroica, añadió:

—¡Cariño mío!—balbuceó ella, medio estrangulada por la emoción amorosa.—¡Te quiero!

De pronto dejó caer los brazos inertes y paró en seco en sus arrebatos amorosos.

Bek preguntó entre dientes, porque ya de cachondo no podía hablar;

—¿Qué haces, por qué te detienes?

—Quiero—replicó Enriqueta—retardar un poco el asalto de la pasión.

Pero él ya estaba ciego y la estrujaba contra su amoroso pecho y la besaba, la mordía, la acariciaba suavemente y la atenazaba al propio tiempo con sus manos crispadas.

—Toma mi sangre—exclamó—tómala, preciosa mía, reina mía, querida de mi alma... ¡Mira como tu esclavo se muere de amor contigo!

—Ella, al sentirse besada, mordida, estrujada y zarandeada como una muñeca, tampoco pudo contener su pasión loca y se agarró a su Juan imitándole en sus arrebatos, hasta quedar ambos extenuados y exámines con los cuerpos retorcidos por la

crisis nerviosa.

—No me importa; esta vez la muerte llega a tiempo.

Pero el viejo que acompañaba a Ruyap y que sabía algunas palabras de inglés, les tranquilizó con un ademán.

—El poderoso Ruyap—dijó—no pretende matar a los hombres de piel blanca.

—¿Cómo?

—El poderoso Ruyap es compasivo.

—¿Eso significa—interrumpió lady Enriqueta—que tu rey nos quiere para esclavos?

—Tampoco.

—Pues no lo comprendemos.

—El poderoso Ruyap—respondió el intérprete—ha visto cómo los hombres de blanca piel se hacen el amor, y quiere que le enseñéis a él y a todos sus súbditos el arte, de besar desconocido hasta ahora entre nosotros.

Juan Bek y su amiga, encantados del sesgo amistoso que iba adquiriendo la cuestión, hicieron un gesto de asentimiento.

Ruyap y el intérprete hablaron unos instantes. Después el intérprete exclamó:

—El poderoso Ruyáp quiere que le digáis cuantas caricias, actitudes o refinamientos, amorosos, tenéis los europeos

Bek tomó la palabra.

—Se puede besar de muy diferentes maneras. Sentado, por ejemplo.

—¡Uno!—repuso el guía.

—De espaldas.

—Dos.

—En pie, empujando a la mujer contra la pared.

—Tres.

—A gatas.

—Cuatro.

—Hay también, lo que «los exquisitos» llamamos, el beso del moro.

—Cinco.

—Besar y morder las orejas.

—Seis.

—Morder los dos a la vez el azúcar cande.

—Siete.

Hubo una pausa.

—Por ahora—agregó—no se me ocurre ningún otro procedimiento.

—Pues el muy poderoso Ruyáp, hermano del Sol, primo de la Luna y señor de estos valles—repuso el intérprete ahuecando la voz y dando a sus palabras lentitud solemne—os nombra desde ahora sacerdotes del omnipotente Raja, dios del placer y de la dicha, ante cuyo altar celebraréis todas las mañanas la comunión de nuestro amor, quedando obligados desde ahora a enseñar-

nos esas «Siete Actitudes», que constituirán el Libro Sagrado del Amor, que todos los padres tendrán que enseñar a sus hijos.

Esto dicho, Bek y su amiga fueron conducidos a la plaza con gran pompa y aparato, y allí, ante todo el pueblo reunido, «el poderoso Ruyáp» como el intérprete le llamaba, les consagró inviolables dándole un mordisco a cada uno en la punta de la nariz.

—Desde hoy—exclamó—no tenéis que preocuparos de la existencia, porque todos trabajaremos para vosotros.

Después el intérprete continuó diciendo, siempre por boca de su rey; boca que, en aquella situación, no era de ganso.

—Acércate, mujer, y te diré tus derechos y deberes.

Lady Enriqueta dió, con marcial desenvoltura, dos pasos al frente.

—Tú serás la profesora de nuestros hombres.

—Está bien.

—Y podrás hacer que te bese quien tu quieras.

—Comprendido,

—Puedes retirarte. Ahora ven tú.

Juan Bek se acercó.

—Tú quedas obligado a enseñarle los secretos del amor a nuestras virgenes ma-

yores de diez años y menores de doce, y a besar cuantas mujeres te agraden, sin temor a que sus maridos se ofendan por ello.

Y este fué el felicísimo desenlace que tuvo aquella aventura que bajo tan malísimos augurios había comenzado.

La anterior historia hubiese quedado ignorada, si la casualidad no hubiese permitido que un barco español arribase muchos años después al islote donde el holandés y la inglesita continuaban oficiando de sumos sacerdotes.

—¿Queréis volver a Europa?—preguntó el capitán.

—No, amigo mío — repuso Bek—aquí somos los primeros y allí seriamos unos del montón. Además: los placeres que aquí nos dan de balde, allí cuestan millones.

Y no hubo medio de convencerles. Lo que prueba que más vale ser cabeza de ratón... etc.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del Amor.—La mujer ajena.—La sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Ley del amor.

Con estos tomitos la serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ella se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡VIVA LA GRACIA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.
Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.